

Estremecedor

Como las catedrales

CAROLINA DÁVILA
Universidad Nacional de Colombia,
colección de Poesía, Libro inédito,
Bogotá, 2011, 61 págs.

EXISTE UNA experiencia común a los seres humanos, tan radical como el nacimiento y la muerte, y tan definitiva como el desasosiego del amor, cuyas diversidades han sido representadas de modo innumerable en la historia de la literatura y el arte: la expulsión, el exilio, la ausencia.

En términos generales esta circunstancia ha significado, para quienes la han vivido, una inmersión en las profundidades del dolor y la ansiedad y, sin embargo, cabe contemplar la posibilidad de que junto a esta inevitable desazón nos sea dado asomarnos a un panorama diferente. Pues también es pensable que la lejanía y la extrañeza nos arroje a territorios más fértiles, y que la inevitable dureza del desarraigo sea el principio de una claridad superior. En efecto,

Porque mi exilio está conmigo.
Cuando me alejo crezco, como las
catedrales.

Son estos versos, escritos por la poetisa Olga Orozco, los que presiden un ejercicio de hondo alejamiento, de nostalgia, que nos permiten asistir, y participar, en un acto de crecimiento y errancia.

Poco importa, en este caso, considerar las causas que instigaron el extrañamiento. La palabra poética que provoca no discurre al respecto, ni se detiene en las rotundas diferencias que podrían desprenderse a partir de una u otra causalidad. Al final, por encima de dichas determinaciones, ofrece, como presenta en forma admirable la prologuista, un hecho contundente: la supresión misma de quien se aparta, su potente abandono que sepulta la condición misma del sujeto. Ya quien se aleja, o es alejado, quien se expulsa, o es expulsado, pierde su propia referencia y brinda la lucidez honda y desinteresada de quien contempla el mundo y lo dice sabiéndose inasible, inubicable, indecible. Tal vez no exista extremo mayor al cual pueda

llegar quien se marcha, aquel que comprende como detrás de sus palabras no aguarda sino un espacio abisal, un repertorio de imágenes despojadas de referencialidad que se imponen en su contundencia y se sostienen alejadas de sí mismas, de modo irremediable. Puro mirar despojado de mirada, de sujeto que observa desde atrás del repertorio denso de sus pertenencias. Hendidura, escisión, promesa vana.

Pero todo irse implica, de manera necesaria, un registro del que se va y de sus acciones. Es allí, en ese lapso vacilante en el que los expulsados enfocan su dolor y labran la posibilidad de remontar, de comprender y volver sobre sí mismos. De hecho, los tantos relatos que se han constituido como mitos fundacionales de nuestra cultura, atesoran los rastros, acumulan las huellas de la huida como preciosos indicios que les permitan retomar la experiencia y concebir la posibilidad de la restauración. Así, el primer hombre y la primera mujer del mito bíblico, cuya expulsión fue fábula multiplicada innumerablemente, desdoblada en profusas relaciones y en interminables peripecias de toda índole tras las cuales se tejió, con suma paciencia y terquedad, el otro mito, el de la salvación. De modo análogo, y ya en el territorio otro de la historia, los tantos éxodos a los que han sido sometidos hombres individuales y grandes colectivos que, desde el umbral mismo de su desesperanza, narran y describen, condensan en palabras, en imágenes y signos, la turbulencia a la que fueron sometidos. Ese decir, ese nombrar, ese ubicar en el territorio de lo posible, de lo común y compartible, tiende los primeros asideros desde los cuales concebir el retorno. No en vano la voracidad del poder, en su afán de absoluto, ha pretendido aplastar toda posibilidad de reconstrucción, en la prohibición de la memoria. Medida que, por fortuna, se ha evidenciado del todo inútil, pues acudiendo en muchas oportunidades a los más inusuales procedimientos y recursos, las huellas que se siguieron al desamparo hacen presencia, y ese itinerario de desolaciones irrumpe en la superficie dura y continua de la realidad oficial con toda su terquedad y su enorme capacidad de perturbación. No es este el caso, es claro, del errar que nos inunda a lo largo de la inven-

ción poética que nutre el libro *Como las catedrales*.

Aquí no se encuentran itinerarios que puedan ser recorridos, dichos y rememorados. No se está frente a un jardín maravilloso al que se tenga que renunciar como consecuencia de las liviandades propias; no se es expulsado del vientre cálido y placentero a un mundo hostil al que se llega solo para morir; no se halla frente al pesar del soberano vencido que pasa debajo de los arcos de la ciudad que amó y a la que nunca podrá regresar, ni tampoco frente a la parcela trabajada y querida de la que se tiene que escapar para conservar la vida. En cada una de estas contingencias, tan dolorosas, el viajero, el expulsado, cuenta con un punto claro desde el que se inicia su periplo, y las huellas de sus pasos son otros tantos indicios que describen un itinerario mediante el cual la vida es efectivamente vivida y la muerte adquiere su consistencia. Pero el viaje que nos presenta Carolina Dávila en su poesía no comienza ni acaba, no lleva a ningún lugar, ni se origina en ninguna parte. En efecto, quien se aleja comprende que

el vértigo es un disfraz cobarde
y que salvo el camino
todo lo real es inasible.

Más aún, esa conciencia que se ha perdido a sí misma y que dice la realidad desde el más puro desprendimiento, inventa palabras que describen una ruta que no es suya y que no la implican de ninguna manera, que le afecta como una pura dispersión, como un vacío evaporado en imágenes y sonidos. De esta manera, un viajero que adivina que,

al calzarse las botas
se dibuja el sendero.

comprende también que ni él, ni nadie, será capaz de seguir esos rastros ambiguos y, no obstante, perturbadores en su contundencia y su simplicidad, que van dejando las palabras. No existe una clave que pueda ser descifrada y, si acaso existiera, nada habría que descifrar allí. Presencia sin más, maleabilidad pura y dureza que no duda en derramarse. De este modo las tantas ciudades conjuradas, las mujeres que deambulan por las noches yertas o contemplan la agonía del día;

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>los espejos rotos y las araucarias; las olas, sus espumas y rocas pesarasas, el cuerpo que se rinde a la explosión de la mañana, los trenes que no pasan, los niños que nunca llegan a donde al final están, todos se constituyen en evidencia del extravío, en la indiferencia del que comprende que,</p> <p style="padding-left: 2em;">Perdida la orientación Todo puerto es buen destino.</p> <p>Pero, no obstante la experiencia de ese estar lejano –que no refiere a nada, que anula toda dirección y todo tránsito y se asienta en el vértigo de lo real que es imposible– esgrime ante nuestros ojos la realidad de un crecimiento. Pues así como las catedrales, tal cual queda dicho, el exilio que se porta y se anuda a las carnes termina traducido en alejamiento que acrecienta. Al final se existe, y este deambular amnésico y desesperanzado, sin antes ni después, sin transcurso posible, nos trae, hecha palabras, escritura sorpresiva y fluente, trozos compactos y enérgicos de vida. Es este vivir, hecho flujo poético, lo que nos llega de manera generosa a través de la lectura de este libro estremecedor que nos presenta, en una versión editorial impecable, la colección de Poesía de la Universidad Nacional de Colombia.</p> <p style="text-align: center;">Rafael Mauricio Méndez Bernal Profesor, Facultad de Artes ASAB, Universidad Distrital Francisco José de Caldas</p>		